

ATRAÍDOS POR LO HUMILDE

Marta Medina Balguerías



Diseño: Pablo Núñez / Estudio SM

© 2018, Marta Medina Balguerías
© 2018, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3328-8

Depósito legal: M 33512-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

A quienes me atraen hacia la humildad

PRÓLOGO

Este libro tiene su origen en la memoria de síntesis que realicé al finalizar los estudios de grado (o bachiller) en Teología. En dicho trabajo debía dar cuenta de los principales puntos de la teología cristiana estudiados a lo largo de los tres años del grado desde una categoría elegida por mí. La categoría funcionaba como la «lente» con la que debía mirar los distintos tratados teológicos, de manera que estos se abordaban teniendo esa perspectiva como hilo conductor.

Mi categoría o lente fue la de «humildad». La elegí porque resultó ser el concepto que, pese a sus limitaciones, mejor expresaba mi manera de entender la vida gracias a lo que la teología me había aportado. La humildad me parecía una clave para aproximarnos a nosotros mismos, a nuestra relación con las demás personas, a nuestra relación con Dios, y todo ello posibilitado por la manera de ser de Dios mismo tal y como se nos ha revelado en Cristo. Podría decir que es una de las claves principales que he encontrado para entender los temas antropológicos, filosóficos y teológicos de fondo.

El título de la memoria, que es el mismo que he utilizado para este libro, está inspirado en el v. 16 del capítulo 12 de la carta de san Pablo a los Romanos, que

difiere según las traducciones. Yo opté por la de la *Biblia de Jerusalén*: «Tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; *atraídos* más bien *por lo humilde*; no os complazcáis en vuestra propia sabiduría» (Rom 12,16).

Y es que no concibo al ser humano al margen de su *deseo* constante, que es uno de sus grandes motores (si no el principal); y entiendo que ese deseo nos habla de lo que anhelamos para ser plenamente humanos: el amor, la comunión, la relación buena con uno mismo, con los otros y con Dios; llámeselo como se quiera. Esa salida de sí para encontrarse con el otro, según creo, no es posible si no se vive desde la *humildad*. De ahí la elección de Rom 12,16, que aúna ambos polos: la atracción o deseo («*atraídos*») y la humildad que hace posible el amor («*por lo humilde*»).

En este escrito intento transmitir esa manera de verme a mí misma, de ver el mundo que me rodea y de ver a Dios, mediada por el concepto de humildad y a la que fui dando forma gracias al mencionado trabajo. Con todo, el trabajo fue solo la cristalización de un camino personal recorrido a lo largo de varios años y favorecido por el estudio de la filosofía primero y la teología después.

Por eso pido que, en la medida de lo posible, el libro se lea así: como un camino no terminado, y no como una propuesta definitiva ni como una especie de «demostración» o argumentación de los principales pun-

tos de la fe cristiana. Se trata de una convicción personal que ha ido tomando forma, pero a la que aún le faltan años de estudio, oración y maduración. Mi objetivo con este pequeño ensayo es solo compartir mis reflexiones con quien esté interesado en vislumbrar por dónde transcurre este camino que voy haciendo al pensar y al orar.

El recorrido que propongo comienza con una profundización en el deseo humano y su apertura a Dios y desarrolla después cómo la humildad es la vía para abrirse a quien puede colmarlo. Puesto que Dios es el sentido del ser, el máximo bien que anhelamos, la verdad total y la belleza plena, me acercaré a distintas dimensiones de la fe cristiana a través de estos atributos divinos (Ser, Bien, Verdad y Belleza).

El capítulo sobre el Ser aborda la cuestión del ser humano ante Dios; con el Bien nos asomaremos a la vida moral; la Verdad será el hilo conductor del capítulo sobre la fe y la Iglesia, y con la Belleza propondremos una comprensión sacramental del mundo. Finalmente, a raíz de nuestro anhelo de eternidad, nos asomaremos a la cuestión de la salvación y la escatología y recapitularemos todo el recorrido en el breve epílogo.

Los temas están tratados desde una perspectiva más bien espiritual, que pretende invitar a la reflexión personal sobre la propia vida. No obstante, tienen su fuente en el estudio y meditación de la teología, por lo que

también pueden ayudar a una profundización más objetiva y teológica. Recomiendo aunar ambas perspectivas, pues es precisamente esa integración la que me ha llevado hasta las reflexiones que aquí ofrezco.

Aunque el lector no encuentre muchas citas ni referencias a otros autores, quisiera señalar que lo aquí compartido es fruto del estudio y del aprendizaje de lo que muchos han pensado antes que yo. Con todo, para evitar un estilo academicista y favorecer el buen ritmo del discurso, no he querido abusar de referencias externas. Quien sea buen conocedor de la Biblia y la tradición cristiana podrá detectar algunas de las ideas y fuentes que han hecho posible este texto. A pesar de no siempre nombrarlos explícitamente, agradezco a todos esos sabios que nos han precedido que me hayan orientado en el camino.

También doy gracias especialmente a todos aquellos que me han acompañado en este camino personal e intelectual, y en concreto a quienes han contribuido a que intente dar forma a algunas de esas intuiciones en el presente libro. A Nurya, por acompañar la búsqueda y ayudarme a ser fiel a mí misma a la hora de plasmarla; a mi madre, por hacerme consciente de la importancia que ha tenido este tema en mi vida; a mi padre, por leer la memoria y animarme a continuar por esta vía de profundización; a Cris y Luis, por ayudarme a hacer el tránsito del trabajo académico a este escrito, más espiritual y divulgativo, y por su constante ánimo

e interés en mi trabajo; a Adri, por la revisión del epílogo y por compartir parte de este itinerario teológico-espiritual; a María Luisa, por sus consejos para el capítulo sobre moral; a Bea, por animarme a frenar y descansar ante el bloqueo mental y «escurritístico»; a Fernando, por ayudarme a superar el momento de sequía inspiracional y por sus valiosas sugerencias; a Tibi, por su generosa revisión estilística y lingüística del texto; a Eva, mi «consejera legal», que siempre compartió conmigo la pasión por la lectura y la escritura, por acompañarme tan de cerca que habla de esta obra como «nuestra». A todas las personas que caminan conmigo en la vida, porque, cada una a su manera, son maestras de humildad, y en concreto a Rober por mostrármela en su entrega servicial de cada día.

«ATRAÍDOS...»

Todos tenemos deseos. Las cosas nos gustan, las personas nos atraen, perseguimos el éxito, queremos conseguir aquello que nos llama la atención o que creemos que va a colmar un anhelo que experimentamos. Y rara vez nos contentamos con alcanzar aquella meta u objeto que queríamos, porque acto seguido ponemos la meta más allá o nos buscamos un objeto de deseo nuevo. Siempre que creemos estar satisfechos nos damos cuenta de que, en realidad, no es así. Volvemos irremediablemente a desear.

Este dinamismo no solo se percibe en nuestra vida personal; se refleja en todas las dimensiones de la vida social. Se nos ofrece seguir ascendiendo en el trabajo, mejorar cada vez más nuestras condiciones de vida, tener cosas más bonitas o aparatos más eficientes... Todo a nuestro alrededor se aprovecha de ese mecanismo del «siempre más». La publicidad da una vuelta más de tuerca convenciéndonos de que esos deseos son, en realidad, necesidades, y con ello nos aboca a consumir para satisfacerlos.

Estamos tan metidos en esta dinámica que a veces nos cuesta parar a preguntarnos por qué deseamos lo que deseamos, por qué nunca dejamos de querer más

y, más interesante todavía, si lo que nos quita el sueño es lo mejor que podemos buscar y lo que más felices nos va a hacer.

NECESIDAD Y DESEO

Lo primero que nos deberíamos plantear es si, como nos quiere hacer creer la publicidad, es lo mismo desear que necesitar. En parte depende de cómo entendamos cada uno de los términos.

La necesidad tiene más relación con las cosas inevitables, aquellas sin las que no podemos sobrevivir. Necesitamos algo, satisfacemos esa necesidad y quedamos satisfechos. Ahí se acaba la dinámica de la necesidad.

El deseo es distinto. Cuando anhelamos algo y lo conseguimos, no nos quedamos satisfechos, o por lo menos la satisfacción dura muy poco. Enseguida queremos más... o más de lo mismo, u otra cosa, pero *más*, porque no estamos buscando en ello suplir necesidades básicas, sino algo que aporte sentido a nuestra vida, que la llene de contenido, que nos haga sentirnos felices. Ese impulso vital es inagotable. El *marketing* es bien consciente de ello, pues no nos vende productos, sino que pretende vendernos el *sentido* que buscamos a través de ellos.

A pesar de todo, y jugando con las palabras, podemos decir que los deseos nos son más necesarios vital-

mente que las necesidades. Todos necesitamos lo mínimo para vivir, pero, una vez cubierto eso, lo que nos lleva a realizarnos como personas está en la línea del deseo, no de la necesidad. Sería interesante plantearnos por qué.

DESEO INSACIABLE

De lo dicho anteriormente surge también la inquietud sobre el carácter insaciable de nuestro deseo: ¿por qué será que no conseguimos colmarlo plenamente, detener nuestras búsquedas, calmar nuestra ansia de más? ¿Es posible encontrar sosiego? Para bien o para mal, no. No hay nada que inmovilice nuestro desear. Somos seres «atraídos» constantemente, y eso no hay nada que lo borre, tampoco el ver satisfecho un gran anhelo o afán. Nuestras grandes aspiraciones nos ponen siempre en marcha y nos impulsan a ir cada vez más allá, ahondando en ellas, aunque en parte ya se hayan cumplido. Con «grandes aspiraciones» nos referimos a que no se trata de pequeños objetos o caprichos, sino a realidades como el amor de una persona. Incluso eso que parece colmarnos más que otras «cosas» nunca nos satisface del todo.

Podemos pensar que es «una lata» vivir de esta manera, con la sensación de no haber acabado nunca, de no tener todo lo que querríamos. Pero también pode-

mos plantearnos que, si nuestra vida es así, siempre tendrá un toque de aventura, de apertura, de posibilidad, de novedad, de capacidad de seguir ahondando en lo que ya tenemos y en lo que ya queremos.

Si siempre estamos inacabados, si deseamos infinitamente, es porque deseamos el infinito. Y si podemos anhelar algo así, debe ser posible ver colmado ese anhelo. Colmado como se colman los deseos, claro: haciéndose cada vez más grandes a medida que se colman más. No es algo que pueda demostrarse –o no solamente– con un silogismo; a este terreno se accede a través de la intuición y la experiencia personal.

¿POR QUÉ Y PARA QUÉ VIVIMOS?

Todos compartimos este carácter infinito del deseo, puesto que, aunque nuestras aspiraciones concretas suelen ser distintas, la dinámica que subyace es siempre la misma. Y no todas las concreciones llenan el anhelo existencial que tenemos. Algunas nos dejan vacíos en lo que a ese deseo existencial, a ese «siempre más», respecta. Otras se quedan a medio camino. Y, finalmente, las hay que sí nos permiten bajar a la profundidad de nosotros mismos y realizarnos como seres humanos. Para saber cuáles son debemos preguntarnos cuál es nuestro destino, por qué y para qué vivimos. El mejor deseo será el que mejor responda a ese por qué

y ese para qué que constituyen el anhelo último de nuestro corazón.

¿Por qué? ¿Para qué? Vivimos por amor y para amar. No estamos aquí por casualidad, sino porque alguien nos ha querido traer a la existencia, y no vivimos porque sí, sino para compartir ese amor que está en el origen de nuestro ser. Es decir, vivimos *porque* somos amados y vivimos *para* amar.

Por eso los mejores deseos son los que nos llevan a amar más y mejor, y los que nos hacen abrirnos más y mejor al hecho de ser amados. Y, lógicamente, son los que tienen relación con las personas y no con las cosas; pues las cosas no pueden amarnos, mientras que las personas son el principio y el fin del amor¹.

DESEO Y AMOR

Poco a poco vamos concretando: somos seres hechos por amor y para amar, y somos seres hechos de deseo constante. No parece muy audaz concluir que el deseo y el amor tienen una estrecha relación. Si lo pensamos detenidamente, la dinámica del amor es parecida a la del deseo (aunque tienen sus diferencias): cuanto más

¹ En realidad, las cosas tienen su papel en todo esto, pero solo cuando hayamos descubierto la verdadera relación con las personas. Lo veremos al hablar de lo sacramental.

amamos a alguien, menos «controlado» lo tenemos, más entendemos que esa persona es un misterio y que siempre nos sorprenderá con algo nuevo; y, sobre todo, más se acrecienta el deseo de esa persona, más deseamos seguir amándola más y mejor. El amor nos lleva a seguir profundizando, igual que el deseo.

Se van abriendo nuevas preguntas. Si queremos amar cada vez más, ¿significa eso amar a más gente o amar más a la gente que ya amamos? ¿Se ama más amando un poquito a mucha gente o amando mucho a una sola persona? ¿Es posible amar a alguien sin desearlo? ¿Y desearlo sin amarlo?

Nuevamente, depende de qué entendamos por amor y deseo. Conviene pensar el deseo desde una perspectiva amplia. El deseo erótico o sexual, aunque es una parte de él, no lo agota. Hay una dimensión más profunda: la atracción o tensión que sentimos hacia los demás, no necesariamente en clave amorosa, sino en clave general, existencial. Queremos tener relación con los demás, importarles y que nos importen. No hacemos nuestra vida al margen de ellos. Anhelamos su amor.

Esta dimensión del deseo, este anhelo de comunión con el prójimo es el que está muy relacionado con el amor. Porque si el deseo no es solo romántico o erótico, el amor tampoco es solo el amor romántico o de pareja: es la relación buena y verdadera con los otros, desde el respeto y la entrega.

El amor es más decisión y compromiso que sentimiento, aunque el sentimiento también sea muy importante en el amor. Una decisión y un compromiso que no se acaban tan pronto como la emoción, sino que perduran a través de nuestra voluntad y nuestro empeño por el otro. Pero una decisión y un compromiso que se ponen en marcha por el deseo, por la atracción existencial que el otro ejerce sobre nosotros.

Es decir, en el amor, ni es todo una cuestión de puños y esfuerzo, ni es todo cuestión de sentimiento, ni es todo cuestión de atracción. Hay un poco de todo, y eso es lo que hace que el amor crezca y prospere. Respondiendo a la pregunta de antes, podemos desear a alguien sin amarlo y amarlo sin desearlo solo si creemos que el deseo es una atracción física sin más en la que no entran otras cuestiones; pero, si tenemos una visión más amplia del deseo, será más difícil que podamos divorciarlo completamente del amor.

Somos seres «atraídos» porque necesitamos de los demás para cumplir nuestro destino, que es amar y ser amados. El deseo nos pone en marcha, pero el amor requiere compromiso y voluntad, de un lado, y compasión y sensibilidad, de otro. En ocasiones, la atracción no es experimentada de forma tan fuerte como al principio y toca hacer memoria para recordar por qué deseábamos y por qué estábamos comprometidos. Pues, de lo contrario, sometido a los vaivenes de la emoción, no hay amor que dure.

DESEO DE DIOS

Decíamos que deseamos infinitamente porque en nosotros está la huella de la infinitud, y que, si la buscamos, es porque puede colmarse esa búsqueda, ese anhelo. Por eso nuestra dinámica del «siempre más» nos lleva a la pregunta por Dios y su relación con nosotros. Y no podemos reducirla a un argumento o una prueba racional... es una cuestión sobre el *sentido* de nuestra vida y de la realidad. Por eso los razonamientos teóricos, aunque importantes, no son la vía principal de acceso a una respuesta satisfactoria para esta inquietud vital. La pregunta por Dios es y será una pregunta abierta a la que debemos responder libre y personalmente, poniendo en juego nuestra vida y no solo nuestras ideas.

Nuevamente, es una cuestión de saberse atraído y dejarse atraer. De ahí nace todo lo demás, como las normas morales. Nuestra relación con la trascendencia no se reduce a ellas; es una cuestión de deseo y amor, y para salvaguardar ese amor surgen en un segundo momento las directrices sobre cómo vivir con el prójimo. Por eso, aunque no puede haber relación con Dios al margen de un crecimiento moral –o no debería haberla–, tampoco podemos reducir lo que significa él para nosotros a una serie de normas morales –ni a una serie de verdades abstractas– que el cristianismo o cualquier religión nos «impone». Conviene pensar

esta relación en clave de deseo y libertad, en clave de amor.

Por todo ello, el cristianismo no es *primeramente* un conjunto de directrices éticas y valores; tampoco un conjunto de razonamientos filosóficos y teológicos sobre Dios y el ser humano, aunque ambas cosas sean muy importantes y a ellas les dedicamos los cristianos tiempo y reflexión. El cristianismo empieza porque alguien responde al deseo que hay en nuestro corazón y nos enseña a explorarlo y vivir desde él en comunión con los demás y con Dios. Los razonamientos teológicos pretenden comprender críticamente esa experiencia primera; las normas morales, salvaguardarla.

Así, la experiencia cristiana comienza porque Dios mismo nos comunica cuál es el destino para el que estamos hechos y nos ofrece transitar por el camino que nos lleva plenamente a él, enseñándonos quiénes somos nosotros mismos, quiénes son los otros, quién es él y cómo vivir esas relaciones en plenitud. Al mismo tiempo, nos enseña a concretar en nuestra vida diaria este deseo de trascendencia, de «siempre más», encaminándolo a través del amor. No obstante, para entrar en el amor, hay que atravesar una puerta: la humildad. Paradójicamente, si queremos ver satisfecho nuestro infinito anhelo debemos empezar por des- apropiarnos de nosotros mismos, como a continuación veremos.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
1. «ATRAÍDOS...»	13
Necesidad y deseo	14
Deseo insaciable	15
¿Por qué y para qué vivimos?	16
Deseo y amor	17
Deseo de Dios	20
2. «... POR LO HUMILDE»	23
Vivir de apariencias	23
¿Apariencia o autenticidad?	24
La falsa seguridad	26
Hacia una definición de «humildad»	28
La verdad del ser humano	31
Delicadeza amorosa	33
La humildad en la Biblia	34
La humildad, apertura a la trascendencia .	35
3. EN BUSCA DE NUESTRO SER	39
La experiencia de trascendencia	40
La presencia humilde de Dios en nuestra vida	41
Idolatría	43

Hechos para el encuentro con Dios	44
La humildad de Jesús	46
Una humildad que es divina	48
Humildad llevada al extremo	49
La Trinidad: comunión humilde	50
Perder y ganar la vida	52
Humildad para vencer el miedo	54
Dejarnos hacer por Dios	55
Abiertos a la esperanza	58
Consecuencias vitales	59
4. DESEOS DEL BIEN	61
Dejarnos atraer por Dios supone amar al prójimo	61
Bien propio y bien ajeno	63
Justicia y misericordia	64
Vivir desde el dinamismo del don como tarea	66
Libres para discernir	67
«Ser» y «actuar» en retroalimentación	68
Formar nuestra conciencia	70
La moral cristiana: sencilla y compleja	70
Cristo, referente de amor pleno	72
La importancia de la cotidianidad	72
Exigir los mínimos, caminar hacia el máximo	74
Hacia una sociedad humilde	75
Criterios para «aterrizar»	77

5. PREGUNTANDO POR LA VERDAD	81
¿Queremos o no queremos la verdad?	82
Verdad y humildad	83
Experiencias de revelación	84
Jesucristo es la Verdad	85
La verdad debe personalizarse	86
Transmisión humilde de la Verdad recibida	88
La importancia de la historia	90
El papel de la Iglesia	91
El peligro del fundamentalismo	92
Humildad eclesial	94
Consecuencias para la vida	95
La vida de los santos como invitación	97
6. SEDUCIDOS POR LA BELLEZA	101
Profundizar en la belleza	101
Belleza y humildad	103
La sacramentalidad como transparencia de Dios	105
El cuidado de la creación	106
La belleza es un don divino	109
Los sacramentos	110
Bautismo y confirmación	111
Reconciliación y unción de los enfermos .	113
Orden sacerdotal y matrimonio	114
Eucaristía	116
Un amor que nos atrae hacia la eternidad .	118

7. ANHELANDO ETERNIDAD	121
La salvación	121
Amor incondicional y serio	123
Fe y obras	125
Más acá y más allá	127
La ambivalencia de la muerte	129
Ya, pero todavía no	130
Cielo, infierno y purgatorio	131
Muerte y resurrección	133
EPÍLOGO	137